

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales  
₡ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
₡ 1.25 cada semana.

Nº.  
825

## SANTORAL

Dom. 10 Segundo después de Pascua. Santos Apolonio Terencio y Pompeyo mártires.

Lun. 11 Santos León papa, Leoncio abad e Isaac monje.

Mart. 12 Santos Zenón, Constantino y Damián obispos.

Miérc. 13 Santos Hermenegildo, Justo y Carpo mártires.

CUARTO CRECIENTE a las 9,55 p. m.

Juev. 14 Santos Justino, Próculo y Lamberto mártires.

Viern. 15 Santas Basilisa y Anastasia, Máximo, Eutiquio y Crescente mártires.

Sáb. 16 Santos Calixto, Lupercio, Marcial y Urbano.

### CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 16, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 9 de que es Celadora la Srta. Zoila Astorga M.—María Santísima es: «Indefectible medianera, pues ni le fallece el poder, porque ella es madre de omnipotencia: ni la voluntad, porque es madre de misericordia: ni la industria de recaudar gracia, porque ella es madre de toda sabiduría». (S. Bernardo)

### Domingo II después de Pascua

Evangelio según San Juan—Cap. X, vs. 11-16

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. Pero el mercenario y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razón de que es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las ovejas me conocen a mí: así como el Padre me conoce a mí, y yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor.

### Aplicación moral

Las parábolas y alegorías de Jesús constituyen un género literario de una belleza insuperable. Tienen por una parte tanto arraigo en la historia y en la vida entera de Israel, y en la vida humana; son por otra parte de tan subidos quilates estéticos, que es imposible aspirar a más alto grado de sano realismo y juntamente de vigorosa idealidad. Pero lo más maravilloso es que esta bellísima forma literaria no es sino la corteza o la expresión sensible de las altísimas enseñanzas en ella encarnadas. Estos cuatro elementos: el histórico, el humano, el estético y el teológico, difícilmente se hallarán juntos en tan alto grado como en la alegoría del Buen Pastor, que hoy la Iglesia propone a nuestra consideración. Son tantas, tan bellas, tan provechosas, las reflexiones que sugiere, que se hace difícil y dolorosa la selección. Pero, en fin, es forzoso ceñirse a la brevedad.

Esta sencilla expresión: «Yo soy el Buen Pastor», tan ingenua y graciosa, tiene alcances de trascendencia infinita. A no dudarlo, los Escribas y Fariseos, al oirla, pensaron, y con razón, que Jesús se aplicaba a sí mismo la magnífica profecía de Ezequiel. Es menester recordar las palabras del

profeta, si queremos entender plenamente las de Jesús. He aquí las dulcísimas palabras con que consuela el Señor a su atribulada grey, vejada por malos pastores: «Así habla el Señor: Héme aquí: yo mismo voy a buscar a mis ovejas, yo mismo voy a visitarlas. Como un pastor visita su rebaño, cuando se halla en medio de sus ovejas descarriadas, así visitaré yo a mis ovejas, y las sacaré de los sitios por donde andaban dispersadas en el día del nublado y de la oscuridad... Y las apacentaré en los montes de Israel, junto a los ríos y en todas las moradas de la tierra. En pastos muy fértiles las apacentaré, y en los montes altos de Israel hallarán sus pastos... Yo mismo apacentaré mis ovejas, y yo las haré sestear, dice el Señor. Buscaré la que se había perdido, tornaré la que andaba descarriada: a la herida yo la curaré, a la enferma la confortaré... Salvaré a mi grey, y no será más expuesta al pillaje... Levantaré sobre ellas un solo Pastor, que las apacienta, a mi siervo David: él mismo las apacentará, él será su Pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos»... (Ez. 34).

## LAS LECTURAS

Si hay pasaje en el Evangelio en que la ternura del Corazón de Jesús se ponga de manifiesto, es seguramente el que hoy propone la Iglesia a la consideración de sus fieles. El se llama el Buen Pastor. Y la Iglesia, continuadora en la tierra de la misión de Jesucristo, manifiesta para con las almas que le ha confiado su divino Esposo la misma ternura; siempre vigilante sobre su rebaño querido, ora lo lleva a los pastos de la vida eterna, ora lo aleja de los venenosos; lo guarda y defiende de los lobos que quisieran hacer presa en él, no preocupándose más que de su salvación eterna. Y he ahí a la Iglesia, como Madre tiernísima, poner sobre aviso a sus fieles, prohibir la lectura de algunos libros, difundidos con el diabólico fin de usurpar el tesoro preciosísimo de la fe, y amenazar con sus anatemas a los hijos rebeldes que no hicieran caso de su voz. Mas ¿qué sucede? Que esta prudente y cariñosa conducta de la Iglesia, en vez de granjearle mayor estimación y afecto, disgusta a muchos fieles, que hallan inconveniente esa prohibición y se rebelan contra ella, como si fuera un capricho o una tiranía.

### ¿POR QUÉ LA IGLESIA PROHIBE ALGUNOS LIBROS?

No hay en nuestros días quien ponga en duda el poder de la prensa, la cual, con razón, ha sido llamada el cuarto poder del Estado. Ella ejerce su influencia, no solamente sobre la gente culta o entregada a los estudios, como antiguamente; no la ejerce solamente y se difunde en las ciudades y en los centros populosos, sino que merced a la instrucción obligatoria, la prensa es hoy tan necesaria como el pan de cada día. Esto sería laudable si se contuviera dentro de justos límites y no se la empleara en daño de la Iglesia y de sus doctrinas. Pero, desgraciadamente, esa potencia ha sido monopolizada casi por completo por los enemigos de la fe. Abrid cualquier diario y, salvo contadas excepciones, no hallaréis sino burlas y calumnias contra el Papa, los obispos, los sacerdotes y las prácticas de la religión. Nada digamos de aquel aluvión de novelas, en las cuales a manos llenas está esparcida la corrupción, donde se pinta el vicio con los colores más atrayentes, mientras la virtud es burlada y pisoteada. De manera que está hoy comprobado ser la prensa licenciosa e incrédula el peligro más grande que amenaza a la Iglesia de Jesucristo y la causa principal de esta apostasía casi universal que los buenos tan justamente lamentan.

Toda sociedad bien organizada siente la necesidad, y por lo mismo tiene el derecho de proveer a la propia conservación; y la Iglesia, que es una sociedad fundada por Jesucristo para conducir a los hombres a la eterna dicha, siente el deber, y, por lo tanto, tiene el derecho, de precaver a sus fieles contra las malas lecturas, condenando aquellas publicaciones que atentan contra su existencia. Las advertencias de Jesucristo son claras y terminantes.—Guardaos, decía El a sus discípulos, guardaos de los falsos profetas.—Evita al hereje, escribía a Tito el apóstol San Pablo.—En aquellos tiempos no había imprenta; sin embargo, Jesucristo y los Apóstoles encargaban a los creyentes que evitaran las conversaciones con los herejes. ¿Con cuánta razón no debe la Iglesia prevenir a sus fieles contra los malos libros? La palabra es un relámpago, pero la escritura es un fuego permanente que quema y consume.

Desde los albores de su existencia la Iglesia ejerció este derecho de condenar los malos libros. Leemos efectivamente en el libro de los *Hechos*, que los primeros cristianos entregaron a los Apóstoles libros perversos y que éstos los dieron públicamente a las llamas. En el primer Concilio de Nicea fueron condenados los libros de Arrio, en el de Efeso los de Nestorio, en los de Constantinopla

y Calcedonia los escritos de Celso y de Juliano, y así, en todos los siglos, no faltó nunca al deber de advertir a los fieles, a fin de que no fueran inducidos al error, que jamás ha dejado de combatir, y combatir sin tregua, a la Iglesia.

Ni observaron diversa conducta, en iguales circunstancias, las sociedades civiles. La historia nos dice que en Esparta fueron condenados los libros de Arquíloco, por obscenos; que los atenienses quemaron los libros de Protágoras; que en Siria, Antíoco arrojó a las llamas los libros judaicos, y que también en Roma, en tiempo de Augusto, fueron destruidos por el fuego más de dos mil volúmenes, porque se les creyó perniciosos. Así mismo hoy día algunos gobiernos de Europa, aunque proclaman la libertad de imprenta, sienten la necesidad de proscribir publicaciones y libros que atentan contra las instituciones, y con secuestros y multas impiden la lectura de aquellos diarios o periódicos que tratan de fomentar el desorden. Pues bien, si todos los Estados ejercen este derecho para proveer a la propia conservación, ¿por qué negarlo a la Iglesia, que tiene un fin sobrenatural?

## LA MURMURACION

*Efectos.*—La murmuración no arregla nada; inquieta mucho, hace mucho daño y no trae bien ninguno. Si queremos arreglar una cosa, si no podemos disimular algo (porque hay cosas que no se pueden ni se deben disimular), tomemos las medidas legales más honestas y conducentes al efecto; pero criticar, murmurar, hablar mal ¡nunca! Mancharemos nuestra alma, el alma de nuestros prójimos, no adelantaremos nada y, al fin, terminaremos peor que los mismos que criticamos.

Porque uno de los fenómenos curiosos observados indefectiblemente en los individuos y en las corporaciones que se lanzan francamente por el camino de la murmuración y crítica, es, permitir Dios que caigan en lo mismo que critican, en mayor escala, de suerte que, si no son, terminan los peores.

Y de esto podemos dar una razón psicológica muy sencilla. El que se ocupa mucho de los demás, tiene que descuidarse correspondientemente de sí. Y no hay cosa más cierta que la caída y ruina del hombre que se abandona y descuida de sí, porque con más abundancia y lozanía crecerán y pulularán en su alma los malos instintos e inclinaciones que, en un seco erial las malezas y sabandijas. Por lo cual, si abandona largo tiempo el campo de su reforma y educación espiritual, al volver sobre sí y tratar de emprenderla, hallará no haber tierra que tan abundante y prontamente se llene, al descuidar su cultivo, de espinos y hortigas, como su alma de malas inclinaciones y pecados.

Da lástima ver algunos individuos y corporaciones la seguridad y confianza con que critican y juzgan a los demás, despreciándolos jactanciosamente como imperfectos e inferiores y observar la inconsciencia fatal con que al mismo tiempo viven sin darse cuenta de sus defectos. Cuando tal cosa se observa, puede asegurarse, sin temor de equivocarse, no ya la decadencia actual, que les brota por todos lados, sino la próxima ruina de la persona o sociedad.

*Observación.*—Algunos aducen como justificante de su conducta que ellos no se equivocan nunca y que cuando dicen una cosa, siempre aciertan. Pase lo del acierto. También los escarabajos aciertan, pero este instinto certero, supuesto lo que buscan, les ennoblece poco. El que busca encuentra, y si busca miseria entre los mortales, la encontrará en abundancia; pero esto le hará poca honra. Cada uno encuentra lo que busca, y se para y recrea en lo que fruye, y según la dignidad y nobleza del objeto podemos deducir la dignidad y nobleza de su alma. Si somos nobles y útiles, no nos faltarán

flores hermosas en que reposar y néctar exquisito que libar, como no les faltan a las útiles y laboriosas abejas y lindas mariposas.

*Consideración.*—El día de la cuenta, cuando tengamos que darla de nuestros actos, tendremos suficiente (y sobrante) con los nuestros; pero el Señor tendrá fácil misericordia con nosotros, si nosotros no llevamos cuentas apenas; y no las llevamos, si no nos ocupamos de ajenas vidas. ¡Qué locura, teniendo a lo mejor una conciencia tan enredada y una suerte tan insegura, atreverse con las tremendas responsabilidades de otras cuentas! Pues el que murmura, el que se ocupa de los demás, tiene que dar cuenta de ellos, porque falta a la caridad, quita la fama al prójimo, perjudicándole, contribuye al pecado del oyente, el cual de ordinario murmura también con nosotros; y al enterarse el criticado de nuestras palabras, nos difama a lo mejor a su vez y comete otros excesos en venganza, de los cuales somos originariamente responsables.

*Propósito.*—Por tanto, para librarnos de ese vicio, para ahorrarnos remordimientos y responsabilidades, debemos hacer este propósito firmísimo:

«Señor, me he de morir sin el vicio de la murmuración, me he de presentar en vuestra presencia sin más cuenta que las mías. Lo pasado no lo puedo destruir, pero en adelante, pese a la ligereza de la lengua, a la mala inclinación, al qué dirán, no he de ocuparme lo más mínimo de vidas ajenas».

Y esto, si lo conseguimos (y en nuestra mano está el conseguirlo), es un gran consuelo y motivo de tranquilidad. Porque si en la hora de la muerte nos presentamos ante el Señor sin más cuentas que nuestros pecados, es tarea fácil conseguir perdón, porque con arrepentirnos de corazón, todo queda saldado. Y supuesta la misericordia de Dios, el resultado es seguro. Siempre estará en nuestra mano el volvernos a El y decirle: «Señor, mucho te he ofendido, mucho he pecado, poco he hecho por ti, pero aquí tienes al único dañado; entre los dos solos se ha de fallar este pleito. ¡Ojalá no te hubiera ofendido! pero ya está hecho, ello no tiene remedio, ahora, si quieres puedes limpiarme. Vos solo sois el ofendido, yo el ofensor, no necesitamos más testigos ni elementos de juicio, aquí estamos todos. Yo no puedo hacer más que reconocerme y arrepentirme; vos veis cuán cierto es mi arrepentimiento; cuán amargo mi pesar. Ahora obrad vos». Y Dios, con su infinita misericordia, infaliblemente nos perdonará.

Pero cuando hay cuentas ajenas, cuando hay daño de tercero, entonces la cosa no es tan sencilla. ¿Y el alma de tu hermano? ¿Y la fama de fulano? ¿Y el escándalo de éste? ¿Y los perjuicios de aquél? ¿Quién desenredará esta madeja? ¿Quién arreglará este lío? No basta arrepentirse, no es suficiente llorar.

Huyamos de responsabilidades, huyamos de pecados que pudiéramos decir de cola; huyamos de vidas ajenas, de pecados de lengua.

*Resumen.*—Resumiendo todo lo dicho tenemos: no demos motivo a murmurar con nuestra conducta; no digamos a nadie lo público, y no descubriremos lo secreto; no refiramos lo sabido, y no enteraremos de lo ignorado; no contemos lo cierto, y no pasaremos a lo dudoso; no lo verdadero, y no caeremos en lo falso, no lo diremos a pocos y así no se enterará a muchos. Porque en toda murmuración hay algo de todo, parte de verdad y parte de mentira, parte de sabido y parte de ignorado, parte objetivo y parte subjetivo; y cuanto más se murmura más se aumenta lo falso, inventado, injusto, ignorado, oculto y calumnioso; hasta que llega a ser todo, o casi todo, invento, mentira, calumnia. El peligro es cierto, la caída segura, los casos frecuentes, el escarmiento diario: huyamos todo lo posible del peligro y estaremos libres enteramente del tropiezo.

FR. JUAN P.

## A MI MODO DE VER...

Bueno pero... ¿el mundo actual es tan malo como se le quiere pintar? ¿Los tiempos actuales son tan sin parangón peores que los pasados como se les achaca? ¿La humanidad va mejorando o empeorando? Planteada así la cuestión no podemos menos de manifestarnos optimistas y frente a los «laudatores temporis acti» loar y bendecir nuestros días. El reinado de Dios sobre la tierra va ensanchándose cada día. La luz del Evangelio va disipando las tinieblas del paganismo. En el mapa espiritual del mundo van reduciéndose y aclarándose las enormes manchas negras. En la batalla entre el bien y el mal la ventaja es evidentemente del primero.

A los empecatados maldicientes del presente y adoradores del pasado que gustan excesivamente de mirar atrás, pueden sonar estas afirmaciones—a pesar de su sencillez y simpleza—a heréticas.

Los pueblos han renegado oficialmente de Jesucristo, se han divorciado de su Iglesia. Pero el bien no reside en las leyes y en las constituciones de los pueblos—aunque sí debieran ser siempre sus vehiculos—sino en los corazones. Aún esta misma apostasía de careta quieren muchos pueblos corregir y van buscando el modo de anudar su vida con las salvadoras enseñanzas cristianas por medio de Concordatos y Modos vivendi con la Iglesia a la que antes la despreciaron. Por no confesarse vencidos, por no poder sacudir todavía los viejos prejuicios liberales, quieren decir que Jesucristo pensó como ellos, que la Iglesia puede ser una buena coadjutora para conseguir sus fines.

Esperemos que poco a poco los sentimientos de soberbia y orgullo vayan cediendo a la fuerza de la verdad y no se avergüencen las naciones de confesar claramente que no se puede pelear con Jesucristo. Entonces, curados de los viejos errores y a la luz de las nuevas experiencias brillarán días de gloria para Dios y de paz y bien para el mundo.

Y vamos camino de eso. Hoy hay en la tierra nuevas fuerzas espirituales que han estado ignoradas hasta ahora. A la voz de los Papas han recobrado vida muchos cadáveres y corre por sus arterias una savia espiritual vigorosa. «Bajo la nieve hay volcanes». Y debajo de la gélida capa de irreligiosidad crepitan las llamas de corazones más ardientes, de almas más resueltas para el bien. El viejo sacerdote periodista francés Abbé J. Lecot acaba de decir a los buenos españoles, angustiados y afligidos por la persecutoria del averno que tan cruelmente los embiste, de su Patria, de la Francia de los radicalismos, estas confortadoras y significativas palabras: «Hoy el Catolicismo es entre nosotros lo que no fué ni en tiempo de los Reyes cristianos»... Dios sale siempre ganancioso y los buenos nunca serán confundidos.

Hay mucho de malo que maldecir, pero mucho más de bueno que loar y bendecir. Lo bueno se alaba y se recomienda solo, lo malo hay que desmascararlo, desnudarlo y azotarlo para que no fascine a nadie con sus luces fatuas.

Es fuerza que trabajemos por alentar el bien y sofocar el mal.

FR. PABLO LETE



## UNOS MINUTOS DE FILOSOFIA

—La demasiada fecundidad de palabras anuncia la esterilidad de las obras y la pobreza de las ideas,

—Las personas de verdadero talento dicen muchas cosas en pocas palabras; otras tienen el don de hablar mucho y no dicen nada.

—El negocio bueno saca el dinero de la bolsa; las palabras dulces sacan el corazón del pecho.

## ¡OH DULCE PASTORA!

En un valle cubierto,  
con matizada alfombra,  
lleno de luz el rostro  
y la falda de rosas;  
con vigilantes ojos  
llenos de ansia amorosa,  
pacía su rebaño,  
la celestial Pastora.

Las flores la rodeaban  
de hechizos y de aroma;  
el cielo la envolvía  
con ráfagas de gloria;  
las aves, viendo el brillo  
de su mirada hermosa,  
cantábanle los himnos,  
que cantan a la aurora.

De pronto negra nube  
llenó el éter de sombra;  
trocóse el bello día  
en noche tenebrosa;  
y la tormenta horrible,  
con voz atronadora,  
hizo gemir la tierra  
de angustia y de zozobra...



Abrió entonces su manto  
la celestial Pastora;  
su manto, que podía  
cubrir la tierra toda...  
—Venid, pobres ovejas;  
—decía cariñosa;  
y todas acudieron  
temblando de congoja.

Y bajo de aquel manto  
vieron surgir la aurora,  
vieron brillar un cielo  
de dichas y de gloria...  
Afuera tempestades,  
adentro, luz hermosa  
y amor indescriptible  
y paz encantadora...

Aún dura la tormenta;  
aún ruge pavorosa  
y, en medio de sus furias,  
yo me hallo errante y sola.  
¡Llamad, que tengo miedo;  
llamadme hasta que os oiga,  
Estrella de mi vida,  
dulcísima Pastora!

TRINIDAD ALDRICH

## UN NUEVO REFORMADOR SOCIAL

En los trenes, en los caminos, en las casas de gran parte de América, no se habla sino del P. Conghlin. Todos los domingos da una conferencia sobre el socialismo y el comunismo, haciéndose oír, gracias a la radio, por millones de personas. El tema de sus conferencias es la Encíclica «*Rerum Novarum*». La explica a las masas, exponiendo los principios cristianos que deben informar la conducta de obreros y patronos. Con la elocuencia de un Demóstenes flagela los crímenes del capitalismo americano; señala friamente, documentándolo con hechos, la corrupción de las clases superiores, que han invadido hasta la «Casa Blanca» y en nombre de Cristo reclama que se ponga remedio a la crítica situación en que se encuentran millones de hogares y familias pobres. Sus exhortaciones al pueblo americano pueden resumirse en estas palabras. «¡Volved al espíritu de San Francisco de Asís! ¡Volved a Cristo y a su Iglesia, la Iglesia Católica!» Hace algunas semanas, los grandes capitalistas trabajaron por impedir al P. Conghlin el acceso al «microfono». Pero inmediatamente 300.000 cartas de protesta llegaron a la estación emisora y la agencia de la radio se vió obligada a renovar el derecho de hablar cada domingo.

Cada conferencia le cuesta 8.500 dólares. Esta suma se la envían de todas partes de los Estados Unidos. Recibe de 30 a 50.000 cartas por semana, que 50 empleados se encargan de abrir y contestar, agradeciendo a las almas generosas que le ayudan pecuniariamente en este apostolado moderno. El P. Conghlin predica a las masas, no la revolución, sino la reforma, deseando injertar en el pueblo americano la bendición de la Tercera Orden de San Francisco. Con el Papa León XIII suele repetir con frecuencia: «Mi reforma social es la Tercera Orden de San Francisco».

## CLEMENCEAU Y EL POBRECILLO DE ASIS

Cierto día estando el abad de la Trapa de Pept-Fons, Dom Chantard, conversando con el Tigre, Clemenceau, preguntóle el abad si conocía alguna personalidad capaz de llevar a cabo la resurrección moral de Francia. El Tigre entonces después de descontar el imperio y la monarquía, dijo con acento de profunda convicción: «La única fuerza capaz de salvar a Francia es la idea evangélica. Que circule una gota de sangre de San Francisco de Asís por las venas de

los llamados a realizar esta idea evangélica, excluido absolutamente todo ideal burgués; yo creeré entonces en la resurrección de Francia por medio de la idea evangélica.

## FRANCIA CONTRA EL SEPARATISMO RELIGIOSO

El Consejo de Estado de Francia sigue actuando en defensa del culto externo contra los atropellos del sectarismo de algunas autoridades locales. Ya en otra ocasión una sentencia de dicho Consejo de Estado garantizaba la celebración de procesiones tradicionales en el país. Ahora acaba de anular una disposición del alcalde Lamanón, localidad de Arlés, quien había prohibido toda procesión y acto externo de culto. Hay que añadir a lo dicho que en Francia existen actualmente Ordenes religiosas y hasta Jesuitas y que pueden salir los Religiosos a la calle con hábitos. La democrática y republicana Francia se ha percatado de las grandes ventajas aportadas a la nación y a la patria por los frailes y monjas.

## LA CIENCIA ANTE LA RELIGION

No hace mucho, el periódico «Le Fígaro» abrió una encuesta proponiendo a un amplio sector de la intelectualidad de Francia esta pregunta: «¿La ciencia es opuesta al sentimiento religioso?» Recibió dicho periódico setenta y cuatro respuestas de los hombres más ilustres de la ciencia francesa. En ninguna de ellas se proclamaba aquel sacrificio irreductible entre la ciencia y la fe de que en otro tiempo se habló.

Cauchy fué la admiración de su tiempo y ha dejado en la historia de la ciencia un nombre inmortal. Y Cauchy decía: «Yo soy cristiano con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados»... Estas palabras que son de Cauchy, podrían ser también de Le Verrier, de Ampere, de Becquerel, de Chevreul, de Pasteur, de Faye, de Biot, de Sechi, de Grasset, de Lapparent... Tal vez nunca como ahora se ha mostrado la ciencia tan rica de sugerencias hacia lo divino, tan evocadora, en sus mismas sorpresas desconcertantes, de una inteligencia infinita y de una suprema ordenación.

Imp. EL HERALDO, Cartago